



UNISCI Discussion Papers

OBSTÁCULOS PARA EL INGRESO DE TURQUÍA EN LA U.E.

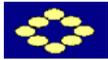
AUTOR¹:	JUAN ANTONIO IRAZABAL
FECHA:	Mayo 2004

Un país musulmán ¿es capaz de vivir en democracia? La pregunta se la plantean hoy muchos musulmanes desde la más estricta ortodoxia islámica, y también quienes, desde fuera, observan la evolución del Islam contemporáneo. Desde ambos puntos de vista, la respuesta a esta pregunta es; en general, negativa. Este artículo se plantea esa misma pregunta, pero aplicada al caso concreto de Turquía, y a partir de los acontecimientos que han tenido lugar a finales del año pasado en este país. A mediados de noviembre, el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) -aunque con poco más del 35% de los votos, gracias a un sistema electoral perverso- gana las elecciones generales en Turquía y obtiene 363 de los 550 escaños del Parlamento. Un mes más tarde, Erdogan, el nuevo líder político turco, recibe de la cumbre de la UE celebrada en Copenhague la promesa de iniciar conversaciones de ingreso en 2005, tras una evaluación en 2004 de los progresos que se hayan alcanzado en materia de democracia se produce la paradoja de ver a los dos líderes turcos (el anterior primer ministro, Abdulá Gul, y el futuro, el islamista Erdogan), impacientes por entrar en una UE en principio laica y de mayoría cristiana, después de que Giscard d'Estaing, presidente de la Convención Europea, se adelantara a echarles un jarro de agua fría declarando que el ingreso de Turquía supondría «el fin de la UE». Los gobiernos de los actuales miembros de la UE han adoptado posturas sensiblemente diferentes sobre este tema, desde la más entusiasta de España, el Reino Unido e Italia hasta las más reticentes de Austria y los países nórdicos, pasando por las moderadas de Francia y Alemania, que son las que finalmente se impusieron en Copenhague. De todas maneras, la entrada efectiva de Turquía, en la mejor de las hipótesis, no tendría, lugar antes de 2013, según el comisario de la Ampliación, el alemán Günter Verheugen.

Sin embargo, hace ya varios años que Turquía ha traspasado el umbral de Europa: fue aceptada, primeramente, en el Consejo de Europa, luego en la OTAN por su privilegiada posición estratégica en la frontera misma del bloque comunista; y en los años sesenta, como asociada a la Comunidad Europea. Además, participa en Eurovisión y en la liga de fútbol europeo.

Se trata ahora de dar un nuevo paso en la misma dirección -entrar en la UE-, un paso que compromete más, tanto a la misma Unión como al país candidato. Por ello, «la Unión recuerda que la condición de país miembro requiere que un candidato haya logrado la estabilidad de las instituciones que garantizan la democracia, el Estado de derecho, los derechos humanos y el

¹ Las opiniones expresadas en estos artículos son propias de sus autores. Estos artículos no reflejan necesariamente la opinión de UNISCI. The views expressed in these articles are those of the authors. These articles do not necessarily reflect the views of UNISCI.



respeto a la protección de las minorías». Los políticos turcos se han mostrado decididos y esperanzados de poder satisfacer esas exigencias. «Vamos a demostrar que un país musulmán puede ser democrático», declaró Abdulá Gul, al finalizar la pasada cumbre de Copenhague². ¿Qué dosis de realismo contiene el desafío con el que la sociedad turca quiere enfrentarse?

1. La sociedad turca

Los turcos son actualmente unos 67 millones (aproximadamente, como el conjunto de los 10 países cuyo ingreso en la UE se acaba de decidir para 2004), que pasarán a ser 86 millones en 2020 y 91 millones diez años más tarde, según las proyecciones oficiales de las Naciones Unidas (en ese momento, el turco sería la lengua más hablada en la UE). Eso, a pesar de que el crecimiento demográfico ha disminuido considerablemente de 2,4% a 1,7% anual³). La mitad de la población tiene menos de 20 años. La familia tradicional juega un importante papel a favor de la estabilidad social, a pesar de que el número de divorcios se ha disparado por el influjo de los medios de comunicación y de las nuevas costumbres que se extienden desde Estambul. El PIB por habitante sólo llega al 22% de la media actual de la UE (mientras que alcanza el 44% en el caso de los 10 países que ingresarán en 2004). No hay miseria profunda, a pesar de la importancia del paro (11% de la población activa no agrícola), porque las redes familiares y comunitarias hacen de amortiguadores.

Las desigualdades sociales son enormes. Turquía tiene el triste privilegio de ocupar el tercer puesto mundial de los países con rentas más desiguales, inmediatamente después de Brasil. Según las estadísticas oficiales, el 20 ó de la población disfruta del 55% de la renta nacional y el 5% de los más ricos llega a acaparar más del 25%. La economía informal corrige en parte, los efectos de este desigual reparto. Y la agricultura ocupa todavía al 45% de la población activa. El desarrollo capitalista de los años 90 se ha basado más en las rentas financieras que en las industriales. Actualmente, casi el 60% de la riqueza nacional está constituido por rentas, alquileres, intereses, dividendos, etc. Los salarios no representan más que el 25%⁴. De ahí que la migración se presente como una importante válvula de seguridad. Actualmente, en Europa occidental hay tres millones de emigrantes turcos. Entre ocho y, once millones de turcos (total de entradas y salidas) pasan cada año las fronteras del país. Por las autopistas alemanas, suizas, italianas, griegas, yugoslavas, húngaras o rumanas, sobre todo de noche, en las áreas de servicio y aparcamientos, la lengua que más se oye es el turco. En el puerto italiano de Trieste, de un movimiento total de 160.000 camiones -en 2001-, 117.000 iban o venían de Turquía⁵.

Finalmente, otro factor importante de esta economía es su elevada inflación (70% entre 1997 y 2001) y su corrupción crónica. Sólo hace unos pocos años se ha empezado a registrar la propiedad de las tierras, y la flota pesquera empieza ahora a ser matriculada.

² *El País*, 14 de diciembre de 2002.

³ “Une société qui retrouve confiance? Table ronde avec Olivier Abel, Ahmet Insel, Rusen Bakir et Omer Laçiner”, en *Esprit*, n° 271 (enero 2001), pp. 158-172.

⁴ Insel, Ahmet: “Une société...”, *op. cit.*, p. 160.

⁵ De Tapia, Stéphane: “Les Turcs, entre l'Europe et la Méditerranée”, en *Projet*, n° 72 (diciembre 2002), p. 56.



2. El Islam de Turquía

La gran victoria electoral del islamista Partido de la Justicia y el Desarrollo en las últimas elecciones generales y las estadísticas que hablan de un 99,8% de musulmanes pueden hacer pensar que nos encontramos ante una sociedad muy homogénea desde el mundo de vista religioso. Sin embargo la realidad es muy diferente. Para empezar, los *alevis* (chiitas) constituyen una fuerte minoría -20 %- frente a la mayoría sunnita. Este movimiento religioso conoce actualmente una cierta expansión, en parte porque no pocos elementos de izquierdas buscan entre ellos el paraguas de la religión; otros han intentado una cierta simbiosis entre “alevismo” y laicismo kemalista. Así es como los intelectuales turcos han descubierto recientemente la cultura aleví. Si continúa este proceso de “alevisación”, podría aumentar el pluralismo religioso, ya que el mismo “alevismo” no es homogéneo, sino que varía según las regiones y las diversas fraternidades musulmanas. Además de entre los alevís, se da en Turquía un islamismo político de izquierdas, nacido de la necesidad, por parte de estos militantes, de asegurarse una protección. Otros han encontrado en la interpretación del Islam iraní el verdadero antiimperialismo. De todas maneras, las variantes del izquierdismo islamista son innumerables. Sin embargo en Turquía no se escuchan reivindicaciones radicales por parte de las grandes formaciones islamistas, aunque sí hay individuos y grupos integrados en redes de terrorismo internacional, como los que han combatido en Líbano, Afganistán, Bosnia o Chechenia. Parece significativo el hecho de que la televisión de los islámistas tradicionalistas haya dejado de mostrar imágenes de mártires de la *yihad*.

En conjunto, los islamistas turcos están atravesando una profunda crisis aunque sus victorias en las urnas hacen que ésta no resulte visible al exterior. Baste como prueba de esta crisis ante la sociedad el hecho de que la supresión, en 1997, del mayor partido del país Refah, de Demirel no produjera un solo herido en toda la república. Ciertos observadores hablan incluso de la profunda indiferencia religiosa de una parte importante de la población, por culpa precisamente de la politización del Islam. Otros observadores recuerdan que ya el Imperio Otomano se basaba en la separación entre el *kanun* (el derecho imperial) y la *sharia* (ley religiosa) y que la sociedad turca está profundamente secularizada desde las reformas otomanas de comienzos del siglo pasado. Otro factor que favorece la evolución del Islam turco es el hecho de que los islamistas comienzan a comprender que el laicismo del Estado puede constituir una garantía de seguridad para ellos mismos, dada la diversidad de corrientes islámicas turcas y desde la experiencia de que el islamismo ataca en primer lugar a los mismos musulmanes. En décadas pasadas se ha podido pensar que el laicismo constituía un instrumento de represión de los creyentes, los islamistas y los malos. Pero ahora se comprende que puede ser indispensable, sin ir más lejos, para las buenas relaciones entre alevís y sunnitas.

Por otra parte, el Islam turco se ha distanciado considerablemente de sus fuentes tradicionales. Por, no hablar de las consecuencias de la introducción del alfabeto latino, el vocabulario “turco puro”, impuesto por la revolución kemalista, produjo un corte generacional. Hoy casi nadie conoce o entiende los libros tradicionales del Islam. En algún momento se pensó que el Islam político colmaría esta laguna, pero lo que éste publica no son más que folletos políticos en los que el vocabulario religioso tradicional brilla por su ausencia. Los políticos, islamistas practican poco la lectura del Corán utilizan siempre las mismas suyas susceptibles de interpretación política la demás, sencillamente las desconocen.

La interpretación del Islam no ha sido, generalmente, muy estricta en Turquía, al contrario que en Arabia o en Irán. Aunque siempre ha habido creyentes y comunidades muy



practicantes, el conjunto de la sociedad ha interpretado el Islam de manera flexible y moderada. En Turquía las bodas se celebran, por supuesto, en la mezquita, pero durante el banquete se bebe *raki*, el típico licor turco. Lo mismo sucede con motivo de la circuncisión. Aun en las ciudades de provincia se da una estrecha coexistencia entre la vida islámica y la no islámica. En Estambul, los hábitos religioso-sociales varían mucho de un barrio a otro. Todo el mundo es musulmán, pero con moderación.

El Islam turco está actualmente, muy politizado, en buena parte como respuesta a los problemas sociales. Las políticas de laicización y modernización del país crearon dos clases sociales que se caracterizaban por sus modos de vida. Los que llevaban un estilo de vida más occidental dominaron la vida pública y se comportaron respecto a los demás como los miembros de una clase superior, hasta despreciar a los que vivían de una manera más tradicional. Y esto provocó una reacción. Una de las claves del éxito de los partidos islamistas ha sido esta reacción de los que se sentían despreciados y excluidos.

De todas maneras, todavía en 1999 el ejército turco señalaba al islamismo cómo la mayor “amenaza estratégica” para el país, más aunque el PKK kurdo. El “síndrome de Kabul” sigue produciendo sudores fríos en el campo laico, capitaneado por el ejército, para quien los kurdos y los “barbudos” son la encarnación misma del “enemigo”. De ahí a convertirlos en chivos expiatorios no hay más que un paso, y ese paso se da continuamente, por ejemplo cuando en octubre de 1999 se acusó, sin el menor indicio, a los islamistas del asesinato del ex ministro Ahmet Taner Kislali (el hermano de la víctima sospechaba más bien de los militares).

3. El ejército siempre tiene la última palabra

En 1991, Turquía abandona el régimen militar instaurado en 1980. Y se empieza a hablar incluso de la necesidad de una segunda República en la que el kemalismo dejaría de ser doctrina oficial. Pero el ejército sigue jugando un papel esencial en las estructuras del poder. Conforme a la Constitución elaborada por los mismos militares, éstos controlan el Consejo Nacional de Seguridad, el Alto Consejo de la Radio y la Televisión, el Consejo de la Enseñanza Superior, el Tribunal Constitucional y los tribunales de la Seguridad del Estado, a la vez que utiliza la prensa sensacionalista, temible órgano de guerra civil sin balas, para la amenaza y la descalificación de cualquier disidente. Todo el mundo está de acuerdo incluso se dice abiertamente en que hacen falta reformas radicales, pero el régimen no ha variado en absoluto durante la última década cualquier protesta es inmediatamente identificada con el separatismo o con el terrorismo. La fidelidad a la “patria”, a la “nación” al “Estado” y al “pueblo” son los argumentos que utiliza el estamento militar para justificar el control que ejerce sobre todos los resortes del Estado.

Esta hegemonía política del ejército viene de lejos tiene sus raíces en el Imperio Otomano, dentro del cual los turcos ocupaban los puestos de la administración y el ejército, eran los señores y los terratenientes, mientras que los miembros de las minorías locales labraban la tierra o se ocupaban de la artesanía y el comercio. Para conservar su estatus social, los turcos procuraron siempre acercarse al ejército y cultivar las virtudes militares. El fin del Imperio y los comienzos de la República situaron al ejército en el centro de las - estructuras del Estado. El Imperio había cometido el error de escoger el campo de los perdedores en la Primera Guerra Mundial. Sin embargo su ejército, comandado por el coronel Mustafá Kemal y el



general alemán Liman von Sanders, salió victorioso en 1916 de la batalla de los Dardanelos, contra la expedición francobritánica. Por ello, Turquía puede enorgullecerse de ser uno de los tres países (junto con Afganistán y Japón) que nunca ha sido ocupado ni colonizado por los occidentales. Y eso se lo debe a su ejército.

Hoy, el ejército turco cuenta con 700.000 hombres y absorbe el 4,5% del PIB. Ya desde mediados del siglo XX, con la aparición del Partido Demócrata, se empezó a cuestionar el lugar preponderante del ejército. Y en los años 1970 los militares perdieron mucho de su prestigio, pero el fracaso de los partidos y de los sucesivos gobiernos, permitió al ejército recuperar el primer plano, gracias a un golpe de Estado. Además, la represión de la guerrilla y el movimiento kurdos le ha hecho ganar puntos ante una población que comulga enteramente con las ideas del nacionalismo turco. Por otra parte, la barrera que ha montado contra el islamismo le ha permitido presentarse ante la opinión como el guardián de la laicidad del Estado, aunque la represión ejercida contra los partidos islamistas (también el actual ganador de las elecciones ha sufrido cárcel e inhabilitación para ejercer cargos públicos) produce el efecto no deseado de convertirlos en mártires.

La ideología del ejército sigue siendo el kemalismo, “un sistema pedagógico y militar que trata a los ciudadanos como a niños”, según ciertos observadores. El laicismo es uno de los rasgos esenciales del kemalismo: el ejército lo ha monopolizado; y le sirve para legitimar el férreo control que ejerce sobre los partidos islamistas. En la ideología kemalista perdura también el trauma del tratado de Sévres, y ese trauma está alimentando la brutal represión de la guerrilla y el nacionalismo kurdo. Ideologías aparte, otra de las funciones del ejército es la de proteger los intereses capitalistas y los de ciertos grupos muy poco recomendables.

4. Con las mafias y contra los kurdos

No parece arriesgado afirmar que el mayor problema político de Turquía y el principal obstáculo para su ingreso en la UE es probablemente la serie prácticamente ininterrumpida de abusos cometidos o amparados por las fuerzas armadas. Entre el 1 de octubre de 2001 y el 30 de junio de 2002 fueron 1.874 los recursos presentados contra Turquía ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. Cincuenta y siete personas han muerto ya en huelgas de hambre en las “Prisiones F”, las de máxima seguridad. El recurso a la tortura ha sido casi sistemático. Desde 1999 sigue abierto el proceso contra 161 funcionarios acusados de asesinar a 10 detenidos en la cárcel de Ulucanlar. Dos políticos del partido Halep desaparecieron en enero de 2001. Ese mismo año, 176 causas judiciales abiertas contra 358 civiles fueron vistas ante tribunales militares especiales. Todos éstos son datos incluidos en el informe que la Comisión Europea dedicó a Turquía en octubre de 2002.

Los mayores atropellos de los últimos tiempos los ha cometido el ejército contra la minoría kurda situada en el sureste del país. Las provincias de la minoría kurda han soportado 15 años de estado de excepción, levantado solamente el 30 de noviembre de 2002, es decir en vísperas de la cumbre de Copenhague en la que se iba a tratar la fecha de inicio de las conversaciones con la UE. El ejército turco ha practicado allí contra la guerrilla independentista del PKK (Partido de los Trabajadores del Kurdistán) una “guerra de baja intensidad” que ha supuesto la destrucción masiva de campos y aldeas y ha recurrido a “asesinatos cometidos por autores desconocidos”. Desde entonces el problema kurdo ha sido



competencia exclusiva del ejército, que tenía poderes especiales para detener a cualquier sospechoso. Este conflicto ha causado 30.000 muertos y millones de desplazados, obligados por el ejército a abandonar sus aldeas y sus casas arrasadas. No vieron otra solución que la militar, mientras negaban a la etnia kurda todo derecho al uso público de su lengua y cultura. Finalmente, lo que salvó al ejército en el Kurdistán fueron los errores del enemigo, el PKK dilapidó en 1993 gran parte de su legitimidad y de sus posibles apoyos, tras el asesinato, durante una tregua de soldados desarmados. Actualmente, el Partido de la Democracia (DEP), mayoritariamente kurdo, intenta marcar sus distancias respecto al PKK y ha conseguido encontrar apoyos entre ciertos políticos europeos (Mitterrand recibió a diputados de esta organización). La perspectiva de una oposición kurda en el terreno político inquieta al poder.

El segundo problema grave con el que está enfrentado y mezclado el actual régimen kemalista es el de las mafias. No se trata solamente de las mafias tradicionales en los sectores de la prostitución, el juego o el tráfico de estupefacientes o armas. Toda la gravedad del problema se puso de manifiesto en 1996 con el accidente de Susurluk, en el que encontraron la muerte dentro del mismo vehículo A. Catli, militante de la derecha radical buscado durante más de 18 años por numerosos homicidios, uno de los jefes de la policía de Estambul, y un diputado del PJV, jefe de una milicia privada de diez mil hombres. Las investigaciones parlamentarias pusieron de manifiesto que los accidentados formaban parte de una de las nueve bandas uniformadas constituidas dentro de las fuerzas del Estado. El escándalo fue enorme. Finalmente, el ejército no encontró otra salida que lanzar una ofensiva... contra los islamistas, para defender la "laicidad en peligro". Y consiguió la dimisión del gobierno presidido por Erbakan. Hasta que, por fin, el escándalo de las bandas armadas pasó a segundo plano de la actualidad y todos los implicados en él quedaron libres sin cargos.

Semejante proliferación de las mafias parece estar relacionada con la fuerte represión que el régimen ha ejercido, sobre todo, a partir del golpe de Estado de 1980, contra las instituciones más implicadas en la vida política y social del país: los jóvenes militantes que lograron escapar a la cárcel utilizaron sus relaciones en los barrios populares para constituir sus redes mafiosas.

En los años 1990, con la oleada de privatizaciones de empresas y el saqueo de bienes públicos, comenzó una nueva era de auge para las mafias. Todos querían una parte del pastel y algunos no dudaron en recurrir a las mafias para eliminar físicamente a los competidores. Otro factor no menos importante fue la guerra contra el PKK: la agricultura, la ganadería y el artesanado desaparecieron en el Kurdistán y mucha gente no vio otra salida que dedicarse al comercio de la heroína. Una parte de los beneficios iba a parar al PKK, hasta que el Estado hizo saber a las mafias que, si impedían que el PKK se financiara con la heroína, nadie las molestaría. Al Estado le interesaba laborar con las mafias porque el tráfico de heroína alcanzaba unos 15.000 millones de dólares, una suma casi igual a la de las exportaciones oficiales. Se calcula que el conjunto de actividades subterráneas, desde el blanqueo de dinero hasta las actividades no declaradas, alcanza entre un 20 y un 40% del PIB turco.

6. Converger con la UE

Actualmente, los islamistas y los kurdos son los primeros partidarios del ingreso de Turquía en la UE, sencillamente para escapar al cerco del ejército. Podría tratarse de una postura meramente táctica, pero que, de realizarse, se convertiría en una decisión estratégica de la



mayor trascendencia. Si el Islam ortodoxo a la manera saudí o iraní se encuentra en frontal oposición con los valores que minen la convivencia política dentro de la UE, no cabe decir lo mismo del Islam turco, mucho más moderado y pragmático y habituado a cohabitar con un Estado laico aunque dolorosamente, hay que reconocerlo, más por motivos políticos que religiosos. Solamente un 8% de los turcos aceptarían hoy la imposición de la sharia con efectos civiles. Erdogan, el líder islamista triunfador de las pasadas elecciones y probable futuro primer ministro, es, según su biógrafo Rusen Cakir, un pragmático, como lo ha demostrado al enviar a sus dos hijas a estudiar a la Universidad de Indiana (EE.UU.) para esquivar la ley turca que prohíbe el velo islámico en los edificios públicos aunque, por el mismo motivo, podía haberlas enviado a Irán. De todas maneras, para Erdogan la legalización del velo islámico no constituye una prioridad de su futuro Gobierno. En cambio, sí lo es el ingreso de Turquía en la UE.

Lo que choca frontalmente con los sistemas democráticos en vigor en la UE es el hecho de que el ejército turco siga siendo, por mandato constitucional, el guardián del sistema político. Los militares han protagonizado va cuatro golpes de Estado: en 1960, 1971, 1980 y 1997. En agosto. pasado, el gobierno turco se apresuró a adoptar un paquete de medidas como la abolición de la pena de muerte, la penalización de la tortura y un cierto reconocimiento de la cultura kurda. Pero ninguno de estos retoques afecta al fondo del problema, que es la falta de autonomía del juego democrático con respecto al poder militar. El ejército debería abandonar a los civiles la totalidad de la vida política y debería cesar en su persecución de los enemigos interiores (el comunista, el kurdo o el islamista), por no hablar de otras actividades inconfesables, para convertirse en un ejército más profesional.

Ochenta años de kemalismo no han bastado para dar a los turcos una conciencia ciudadana sobre la base de unos valores éticos. Los islamistas intentaron en un momento dado jugar este papel, pero ellos también quedaron atrapados por el poder y por los asuntos turbios. La izquierda tiene igualmente su parte de responsabilidad por esta laguna. Urge ahora que la sociedad se reconcilie consigo misma para llegar a construir una república democrática.

La dinámica de la admisión en la UE podría generar un proyecto de democratización, v constituir el resorte que necesita el país para encontrar unos horizontes más realistas que el panturquismo (orientado hacia el centro de Asia) de la derecha o el neo-imperialismo, a la otomana, de ciertos islamistas. Para ello, es necesario que los turcos vean en la UE algo más que la posibilidad de una mayor circulación de mercancías y capitales. El desafío es de enorme envergadura, ya que puede desembocar en la convivencia, sobre la base de unos valores comunes, de dos culturas que hasta ahora no han pasado de unas relaciones de desconfianza. De la misma manera que la UE ha significado ya el fin de las guerras europeas, podría también convertirse en un instrumento de paz sobre la base de un derecho común. Y Turquía podría llegar a ser el puente entre Occidente y el mundo islámico.